

MEDITACION EN LA BONDAD DEL UNIVERSO EL PENSAMIENTO MAYA

*Daniel Eduardo Matul Morales
Liga Maya Internacional*

Soy descendiente de la civilización que concibió un universo visible y al mismo tiempo invisible, como un esfuerzo de lógica formal y lógica dialéctica, al mismo tiempo. Conjunto y continuo movimiento es la lógica inclusiva, representada magistralmente por el ave bicéfala, el doble mirada, el ocultador de la serpiente, el que ve de día y ve de noche, el que ve de cerca y ve de lejos. Nuestros antepasados, los Mayas, enseñaron y escribieron para la historia y la ciencia, muchos años antes que los matemáticos relevantes y los filósofos geniales de Occidente, que todo en el universo está en continuo movimiento: los astros se mueven, la tierra, la luna, los mares, los ríos, los animales, las plantas. Se mueve el pensamiento, la voluntad, el corazón, los afectos, las ideas. Se mueven los hombres, las familias, las sociedades, las costumbres, las instituciones, las leyes, las opiniones y los intereses.

Tepeu y Gucumatz portadores de realidades visibles están ligados entre sí por vínculos estrechos y relaciones recíprocas y necesarias.

La armonía y la vida son el supremo destino del pensamiento maya. En el universo hay una asombrosa variedad de seres que se mueven, pero en todos resplandece una unidad sublime y encantadora que se llama equilibrio.

El hombre, con los sentidos, percibe la variedad y con la inteligencia, percibe la unidad. Este conocimiento de la pluralidad dentro de la unidad es lo que ahora vengo a intentar exponer, es el pensamiento de nuestro mundo maya de ayer, de hoy, de mañana y de siempre.

Sobre las bases de este pensamiento descansan muchos de los elementos, factores y valores conformadores de nuestra visión maya de hoy.

Por este pensamiento, no hemos perdido la fe en el único Dios verdadero. Es una fe permanente como las piedras que tallaron nuestros abuelos y si estos escritos, tallados en piedra, no han sido descifrados, sin duda es porque nunca se nos ha dado la oportunidad de hablar sobre libros y porque a nuestros eruditos tampoco se les ha permitido la oportunidad de expresar su pensamiento.

Se duda mucho de nuestra palabra, ¿acaso alguna vez se habrán ocupado por conocer nuestras antiguas escrituras? ¿O es eso una solemne ignorancia?

Producto de esta ignorancia, la invasión castellana de 1524 nos

presentó ante el mundo como poseedores de un pensamiento primitivo, mítico, politeísta, esotérico, diabólico, endemoniado, idólatra, pagano, bárbaro o satánico.

Diego de Landa y su gavilla de impostores quemaron nuestros libros, nuestras bibliotecas, pero no vivieron lo suficiente para decir cómo debía de continuar el mundo.

Hoy en día nada ha cambiado, se nos persigue, se nos acusa, se nos señala, se nos destruye: El amor al prójimo que predica el Occidente tiene su fundamento en el poder de las armas, en el racismo, en la humillación, en el desprecio, en la burla y ridiculización. Ellos creen que tienen el poder, pero nosotros sabemos que no es así.

El poder radica en la capacidad de nuestro pueblo para ver la rectitud de los consejos de nuestros sabios dirigentes.

Nuestro silencio no es ignorancia. Nace del conocimiento, no del vacío en la memoria, ni tampoco de la derrota. Nuestro silencio es una respuesta a la forma en que nos han tratado. Con nuestro silencio los invasores se han empobrecido porque han perdido riqueza espiritual e intelectual y han excavado el abismo que posiblemente los pueda sepultar.

Los abuelos han dicho que veremos la justicia final... Allí veremos quién ha ganado y quien ha perdido.

En las narraciones de los abuelos hay poder, pero hay que estudiar mucho para poder ver el poder, el pensamiento no es atributo exclusivo de Europa, sino que es un atributo universal en el hombre, y el indígena americano no solamente piensa, sino que lo hace profundo y creador.

Esa fluidez de pensamiento americano se encuentra expresada en la compleja cosmogonía de nuestros pueblos: Aztecas, Borucas, Guaymies, Mayas, Quechuas, Incas, etc.

Para nosotros los Mayas, el Pop Wuj es el instrumento de trabajo más importante para poder desentrañar nuestro pensamiento, para poder penetrar en el laberinto de nuestros conceptos cosmogónicos y abstractos y para incursionar en la selva de nuestra mito-historia, donde mito y realidad se entrelazan hasta confundirse; allí lo real se vuelve imaginario y lo imaginario se vuelve real.

Por esta vía nuestro pensamiento logra la unidad del hombre y el universo. Los Mayas de ayer y los Mayas de hoy, invariablemente hemos implorado al cosmos el bienestar material y espiritual. Tenemos muy claro en qué consisten el alimento del espíritu y el sostenimiento de la vida corporal.

La historia del hombre maya desde hace unos cien siglos ha sido expresada en una constante lucha por ser más significa ser más libre, significa ser menos animal, tener menos instintos y más conciencia.

En esta búsqueda nos vaciamos al aportar todo y al mismo tiempo nos llenamos al recibirlo todo: escrutamos, investigamos, creamos, transformamos.

Nuestras creencias y principios son un conjunto organizado para abordar los aspectos del hombre y del cosmos.

Según nuestro principio, el hombre al nacer queda absorbido por el cosmos, del cual la tierra y su naturaleza no son más que una parte armónica enlazada y a la vez separada del cosmos por una temporalidad de larguísimo alcance cuyo cómputo, tanto hacia atrás como hacia adelante, es susceptible de calcularse en periodos-ciclos que concluyen y recomienzan eras, las que son comunes a los astros y a los hombres.

De manera que el hombre ligado al cosmos, es el hombre ligado al todo, tal vez por ello, no entendemos el concepto de pecado original de que nos habla el Occidente y por ende el bautismo no tiene, para nosotros, algún significado trascendental.

Nacemos y morimos, entonces somos mortales y efímeros. Pero en todo caso, somos parte de un invierno inmortal e infinito. Somos parte de la ocurrencia del espacio, del tiempo y del movimiento. Somos criaturas pequeñas, ligadas al universo, y no a la inversa, el universo ligado a la criatura.

Los límites del hombre maya, son efectivamente la vida y la muerte, pero el equilibrio entre estas dos fuerzas es la conciencia creadora. Conciencia que transforma el mundo y se transforma a sí misma. Cuando el equilibrio se pierde el hombre se destruye.

Más de cuatrocientos cincuenta años han pasado desde que se intentó destruir física y espiritualmente a la sociedad maya; sin embargo, aún estamos vivos porque todo el aparato mental de los Mayas, expresado en nuestras instituciones, necesariamente ocultas, secretas o clandestinas, ha procurado el mantenimiento de dicho equilibrio. De esta unidad entre vida y muerte, encontramos expresiones positivas y movimientos dentro del tiempo.

Así es como justificamos al cosmos como obra maestra. Como una construcción perfecta dentro de la cual realizamos nuestra historia, nuestro destino: Hombre cosmos, que no es más que el concepto de vida eterna, muerte y resurrección por toda la eternidad.

El maíz convertido en carne del hombre, luego de ser enterrado, vuelve a su forma original de vegetal; a través de los procesos de germinación y crecimiento de la planta sus frutos de nuevo vuelven a formar carne del hombre hasta un futuro y así se inicia otro ciclo de vida: el renacer.

Estos conocimientos explican nuestro origen y causa; por medio de ellos hemos podido racionalizar nuestra situación en el cosmos. Dicho de otra manera, el destino de los hombres no sólo depende de la buena marcha del universo, sino que también el porvenir del hombre se encuentra sujeto a lo que sucede a la humanidad. Por eso es que hay una íntima relación entre religión, orden social y orden cósmico.

Nuestra religión no consiste en tener contento a un Dios autoritario que premia o castiga, que lleva al cielo o manda al infierno.

Nuestra religión busca en el cosmos el modelo ejemplar: hacer bien, obrar, crear, construir, estructurar, dar forma, informar, etc. Es realmente una actividad orgánica que requiere armónico

comportamiento y exige también un proceso de abstracción, es decir, un separar y unir mentalmente las cosas, lo que al mismo tiempo produce una riqueza de conceptos y una profundización de la realidad, cuyas conclusiones van más allá de la realidad misma, para penetrar en el subconsciente del ser humano.

Hemos logrado unificar ciencia y religión. La ciencia no encuentra obstáculos en la religión para desarrollarse, y la religión tampoco encuentra en la ciencia ataduras para su desarrollo y funcionamiento. Dentro de nuestras instituciones no aparece registrada la inquisición.

Este pensamiento nos conduce a considerar el ordenamiento social como reflejo exquisito del equilibrio cósmico. Por ello el consenso social entre gobernantes y gobernados es una idea fija en el pensamiento maya.

La ruptura de este equilibrio provoca la pérdida de legitimidad de quienes ejercen el poder y ocasiona cambios necesarios, los cuales significan tanto la mutación de principios fundamentales, como el relevo de los grupos sociales de los hombres en el ejercicio del poder.

Nuestra religión concibe al cosmos en constante movimiento evolutivo. Todas las expresiones del creador, estampadas, desde los glifos hasta los güipiles de hoy, están en movimiento.

Por eso la labor del hombre es transformadora, creadora, persigue siempre la mejor y más plena satisfacción de sus necesidades. Nuestra biblia Maya Kí-chè, el Pop Wuj, narra con originalidad el desarrollo de las etapas de la humanidad, claramente se perciben los difíciles y ásperos senderos por donde se perfecciona el hombre y llega de la vida salvaje a la vida culta; nos describe al hombre desde un principio ni bello ni inteligente.

Según nuestro pensamiento el hombre es hijo de la civilización y de la luz; a los creadores, a los formadores, al Corazón del Cielo, los entendemos del lado de la historia, del lado de la creación y no en contra y fuera de la misma historia.

Es un pensamiento profundo que quiere dar a entender cuán avara es la naturaleza de sus secretos y cuanto enaltece el hecho de sorprenderlos y descubrirlos.

Para nosotros el acto de la creación es un acto cultural, en el error y aprendizaje encontramos la proyección humana de la divinidad. Primero de barro, luego de madera, por fin fuimos hechos de maíz. Es una simbolización de cómo la cultura maya tiene un proceso de largo desarrollo y consolidación. Nuestra cultura no nació de la noche a la mañana, ni de un día para otro, fue un proceso, donde aprendimos que para vivir en sociedad necesitamos un código, valores, una formación de normas, de leyes, armonía y equilibrio.

Tal vez por ello nunca se ha podido comprender al indio, nunca se ha podido comprender al mundo indio, porque nadie detiene su mirada en nuestros conceptos cosmogónicos y abstractos; quien quiera acceder a nuestro universo mental, necesariamente tendrá que hacer un esfuerzo para penetrar en nuestra espiritualidad.

Valdría la pena comentar que una gran mayoría de iglesias

guatemaltecas de pensamiento occidental continúan tratando de eliminar la concepción del mundo y de la vida que sustentamos como pueblo. Los misioneros de la fe occidental han luchado desesperadamente por imponer su religión, pero la respuesta del pueblo maya ha sido única, sólida e ineludible.

En una ocasión un misionero de la fe de occidente trató de convertir a un sacerdote Maya y luego de conminarlo a que se refiera a Dios en castellano y le invocara utilizando oraciones preestablecidas, el sacerdote Maya le contestó "Si tu Dios es tan maravilloso, ¿por qué no puede hablar mi idioma? Si tu Dios es tan poderoso, ¿por qué no puede entender mi idioma?" En Momostenango la iglesia occidental en su afán de abolir las prácticas religiosas del pueblo Maya celebra de cuatro a cinco servicios u oficios religiosos al día, en que se celebra la fiesta de honor al mundo. A esta celebración que se le conoce con el nombre de 8 Batz, asisten personas de toda la república, se han reunido hasta quince mil. El ocho Batz es el primer día del año, es el recitamiento del año según el U nmk'ij o sea el calendario Ki:Ché, o sea el año nuevo en el calendario mágico de nuestros antepasados conocido como Tzolkin.

Estos servicios religiosos que la iglesia occidental realiza tratan de evitar la presencia del pueblo indígena en los cerros principales donde se eleva gratitud al mundo. Pues una tarde del día 8 Batz, un misionero de la fe occidental visitó el Cerro Pasabal y al encontrarse con el sacerdote maya que celebraba la ceremonia, el misionero le dijo: "¿Por qué lo hace? ¿Acaso no cree en Jesucristo? Además lo que está haciendo es pagano." El sacerdote Maya le contestó: "Lo que pasa es que nosotros utilizamos medios diferentes para llegar a Dios." El misionero insistió en que era paganismo y pecado quemar. Pero el sacerdote maya volvió a responderle: "No es pecado nuestra religión. Ocho Batz es sagrada porque nos abstenemos durante varios días de tocar mujer y lo hacemos para estar limpios ante Dios Mundo." Cuando el misionero ya se había marchado el sacerdote Maya comentó irónicamente, "Tal vez el misionero antes de officiar sus servicios en su iglesia, haya tocado mujer."

Creemos en Corazón del Cielo como la suprema dedicación del bien, el cual expresa la armonía cósmica del perfecto movimiento, expresa nuestro monoteísmo fundado en la pluralidad dentro de la unidad; así es como cada manifestación de la naturaleza es parte integrante de un todo.

Para esta gran obra tuvo que expresar su voluntad, su fuerza formativa, su palabra y un espacio donde diera lugar la creación, por eso TZACOL quiere decir: voluntad divina decidida a manifestarse en la naturaleza haciéndola despertar en acción.

BITOL: Significa la fuerza formativa, es parte de aquella voluntad que actúa en la creación.

ALOM: Es la fuerza incomprensible, la emanación omnipotente del germen y todo de la palabra sabia que en ningún idioma tiene expresión exacta por su inmensidad y que ningún cerebro puede

encerrar ni comprender.

CAJALOM: Es el espacio infinito constituido en matriz germinadora para la creación del universo.

Estas cuatro formas, manifestaciones del Corazón del Cielo, nuestro Dios único, configuran nuestro cuadro cósmico, en virtud de lo cual el número cuatro de nuestros antepasados significa un patrón universal muy sagrado y muy respetado entre nosotros.

Cuatro fueron los iniciadores de la creación; cuatro son los ángulos del cielo y de la tierra; cuatro son las edades de la vida universal; cuatro son los lados de nuestros templos; cuatro son los lados de nuestros altares; cuatro son las fiestas de nuestro ciclo anual. En el último ciclo mencionado, la ordenación del tiempo, es uno de los aspectos colectivos que forman el sustrato de la imagen de Dios. Por eso es que el tiempo reflejado en el año está partido en cuatro. A lo largo del ciclo anual destacan cuatro puntos, como mojones, alrededor de los cuales se concentran las grandes fiestas. Estos hitos de festejos se encuentran más o menos equidistantes entre sí, y por tanto también, en oposición. Entre marzo y abril: celebramos la fiesta del MAÍZ, el grano que nace. Su contrario es en noviembre y diciembre: cuando celebramos la fiesta del grano de MAÍZ que muere.

En enero se celebra la fiesta de la abundancia con trajes de bailes brillantes, en junio se celebra su contrario. Será escasez y de andrajos. Es decir, que la generación de todo ciclo proviene de la vida misma del MAÍZ. El Maíz es nuestro alimento fundamental, todo nuestro pensamiento de una u otra forma para en el Maíz. El valor alimenticio del Maíz ha sido sometido al crisol de prueba de la experiencia a través de muchas generaciones, de ahí la estimulación que merece, hasta deificarlo.

El Maíz es punto central y fijo de nuestra vida. Si se le venera es por todos los factores físicos que convergen en su producción: la tierra donde se deposita la semilla, la lluvia para darle sabiduría a la milpa, el sol para el proceso de germinación, el hielo y el calor que secan la vegetación y la convierten en abono vegetal para darle vigor a la primavera. El Maíz es una idea fija y permanente durante toda nuestra vida.

Sin Maíz sentimos decadencia, sin Maíz sentimos tristeza, el sueño de todo Maya es poseer un pedazo de tierra para sembrar Maíz, porque el Maíz nos da satisfacción espiritual, porque el Maíz nos da resistencia física, porque el Maíz nos da vigor, porque el Maíz nos da salud.

Por el Maíz cantamos, por el Maíz reímos, por el Maíz lloramos, por el Maíz plañimos, por el Maíz formamos nuestra vida, por el Maíz nacimos. Y si el científico alemán Engels con justicia habló del papel del trabajo en la transformación del hombre, nosotros con legitimidad hablamos y enseñamos el papel del Maíz en la transformación del hombre maya.

El cuatro también está presente en la construcción de nuestras casas, en la construcción del pueblo, de la plaza, hasta la medida de

las tarras de la milpa no son más que réplicas del cuadro cósmico.

Estas cuatro manifestaciones creadoras de la luz: Tzacol, Bitol, Alom y Cajolom, dice el Pop Wuj, que refulgían con claridad deslumbrante y junto a Tepeu y Gucumatz estaban cubiertas de una manta de plumas verdes; eran las del Quetzal. Aquí aparece desde la creación la actitud de nombrar el ave símbolo como algo sagrado. Podemos observar también que junto a las cuatro manifestaciones divinas están inicialmente Tepeu y Gucumatz, espíritu y materia, llenos de las mismas facultades creadoras por ser también expresiones específicas del Corazón del Cielo que en conjunto forman el Septemvirato Teogónico Maya.

Estas divinidades dice Pop Wuj, "estaban poseídas de grandes sentimientos", eran "grandes sabios y grandes pensadores", lo que equivale a reconocerlos no como simples sectores del cosmos, sino como una manifestación espiritual.

"Refulgían con claridad deslumbrante", eso nos indica su divinidad solar, pero no son dioses en sí mismos, sino en su plena manifestación. Así como solamente hay un sol, aunque sus situaciones aparentes sean distintas, solamente concebimos un Dios que se proyecta en las posiciones significativas del astro diurno.

Este cuerpo teogónico deliberante y cuyas discusiones terminan en acuerdos unánimes para actuar, demuestra nuestro monoteísmo fundado en la pluralidad dentro de la unidad, o sea que de cada una de las manifestaciones divinas es parte integrante de un todo. Pero cada una tiene su propia identidad.

Lo interesante de las enseñanzas del Pop Wuj es que el Corazón del Cielo, el Dios único, descendió a la tierra alegóricamente por medio de Gucumatz, el pájaro serpiente, de manera que el Quetzal simboliza el espíritu, el aire, el cielo, el infinito. La serpiente representa y simboliza la materia, la tierra, lo de aquí abajo, lo propio del hombre. Nuestra Biblia enseña así que el Dios Celestial se hizo un solo ser. El hombre ligado al cosmos.

Volar al cielo no es más que la trascendencia del espíritu del hombre a través de intercambios, como ahora, en esta reunión entre hermanos, a través de creaciones científicas, literarias o artísticas. Desde la tierra nos elevamos cuando realizamos todas las acciones civilizadoras.

La serpiente representa también la pluralidad dentro de la unidad, el círculo es el infinito y el cuadrado el hombre. Es el único animal del cual se puede configurar un círculo y un cuadrado. Es sin duda la representación alegórica de la revelación del ser absoluto.

A este Dios único le rendimos culto utilizando como vehículo la naturaleza, su creación. Es nuestra forma de llegar a Dios. Para nosotros el hombre contiene la concreción de todas las fuerzas siderales, por ello es perfecta su creación. Creador-Creación, Criatura. No se pueden separar la criatura del Creador porque unidas por la creación forman la eterna unidad.

Este penetrar en los secretos de la naturaleza nos ha conducido a

la estructuración de conocimientos geológicos, botánicos, astronómicos y zoológicos que hacen posible y asequible nuestro medio.

Como la naturaleza es la materia prima fundamental, lo que buscamos es conocer sus interioridades y articular sus elementos. Cuando nos enteramos de la profundidad de sus dimensiones, estamos frente a la realidad: El planeta resulta en nuestra percepción muy estrecho, por lo que únicamente representa un peldaño y a la vez un eslabón para la comprensión del todo. Ese todo no es más que el cosmos en su completa magnitud y en su plena grandiosidad. Nuestros sabios ancianos que hacen estas observaciones son al mismo tiempo parte de la naturaleza terrestre y de la inmensidad del cosmos.

Es en los lugares, más altos donde rendimos culto a Dios único, por eso es que los volcanes, las montañas y los montes ocupan un lugar preponderante en nuestro pensamiento, cada comunidad a lo largo de todo el territorio guatemalteco tiene sus lugares sagrados propios, allí se reúnen nuestros abuelos, los padres de nuestro pueblo, ellos son los que conocen nuestro calendario y los secretos más antiguos. La sociedad racista les llama brujos, hechiceros, adivinos. Estos sabios son los que dirigen en los cerros ceremoniales el culto a Dios, que es el dueño de los cerros, el poseedor de toda la riqueza, el dueño de la tierra.

Al mundo se le quiere, se le ama, es el dueño del agua, es el dueño de la madera, es el dueño de los animales. El mundo da todo lo que el hombre posee. Miles de miles de descendientes de los Mayas asistimos a las fiestas en honor al mundo. Dicen nuestros ancianos que el mundo es como una madre que se sacrifica dando a sus hijos lo que tiene, pero le cuesta trabajo, dolores y molestias y por esa razón el hombre tiene que ser como un hijo agradecido, que debe querer al mundo como se quiere a la madre o al padre, el hombre debe pagar tributo a la tierra, el hombre debe pagar tributo al mundo porque de él recibe todo lo que tiene en la vida, y más aún, nos recibe en sus entrañas cuando morimos físicamente.

El sol también es venerado y respetado, pero no por su condición de astro, sino por sus manifestaciones en la periódica renovación de la vida, de la naturaleza y por lo tanto del cosmos. El sol es considerado expresión divina de la fertilidad, él es quien determina la caída de las lluvias y desciende a la tierra para ejercitar su poder genésico. El sol es quien acompaña a la Tierra para formar la gran pareja creadora de nuestra visión mayense. Por ese drama de germinación, en donde participa el astro solar, y además porque tiene esenciales trascendencias en el mundo astral y humano se le venera y se le respeta.

Otra vez menciono a nuestros ancianos como los concedores de estos secretos en el mantenimiento de la armonía entre el hombre y el cosmos y son también los que vaticinan los eventuales cargos de favor o adversidad que porta cada ciclo temporal: su pensamiento es como haz de sabiduría, el cual utilizan en su calidad de

intermediarios entre el hombre común y el cosmos, es ese arcano el que les corresponde desentrañar a fin de obtener el equilibrio de las diversas partes de la naturaleza y de conjurar los maleficios que han de cerrarse sobre la población cuando los ciclos adversos se hagan presentes.

Es nuestra religión un verdadero lenguaje de la naturaleza que está íntimamente imbricado con la totalidad de los campos del saber y del sentir; es nuestra religión una especie de síntesis de todos los conocimientos. En suma habla de la naturaleza, naturaleza que está constituida por el cosmos, del cual el género humano es una de sus múltiples partes.

Esta fe en el cosmos, en el tiempo, es lo que le da sentido radical a nuestras vidas, buscamos y descubrimos aquí donde vivimos, nuestra propia realidad. El principio está en cualquier momento y en cualquier lugar del espacio donde se realice la creación; el creador se crea a sí mismo por medio de la transformación, por eso nuestro mundo es un mundo sacralizado, pensamos y creemos en la presencia actuante de la naturaleza en el mundo. Aquí radica la razón de nuestro respeto al astro solar, cuando emerge, y también, cuando se pone. Esta es la razón de nuestros gestos: besar el Maíz, besar la Tierra, extender los brazos hacia el Cielo y luego hacia la Tierra, extender los brazos hacia los montes. En muchas partes y de distintas maneras intuimos la armonía cósmica.

La música, por ejemplo, es un medio de expresión de nuestras ideas, de nuestros sentimientos y de nuestras creencias, porque nuestra música tiene un origen estrictamente religioso, esta expresión tan característica nuestra se llama son, generalmente es de un ritmo cadencioso, otras veces animado y festivo, el son evoca nuestra memoria colectiva, muchas veces representa la mitología del calendario sagrado. Bailamos religiosamente, por excelencia, pensando en Dios, como si estuviéramos danzando con la imagen sagrada de Dios.

Todos los bailes se realizan con la vista hacia el suelo para concentrar la mente en lo divino en medio de una innegable contentura, profunda, sincera y respetuosa.

Esta es nuestra visión indígena del mundo y de la vida, esta visión india es más bien una pasión del vivir colectivo, el cual, al englobarlo juntamente con todo lo demás, conduce a una unidad, que como tal, posee sentido, pero desglosada no llega a tenerlo.

Es sobre ese eje cosmogónico y abstracto que gira nuestra conciencia colectiva y nuestra identidad histórica, así hemos engrandecido y perpetuado nuestro pueblo. Dicen nuestros mayores que debemos seguir sembrando para cosechar cuando llegue el día. Con fe, con humildad, nos enseñaron que el día llegará, porque nuestro avance ha sido lento pero seguro; así nos enseñan, así nos cincelan el alma, y nosotros continuamos creyendo, en absoluto, en la firmeza de nuestro pueblo, así hemos heredado de generaciones pasadas y así vamos heredando estas ideas a las generaciones nuevas, por eso es que el fuego, símbolo de luz y no de concentración,

se mantiene ardiendo en nuestros corazones y alumbra nuestro porvenir, como lo que fuimos, como lo que somos y como lo que que siempre seremos: el Pueblo Maya.

Cierto es también, que hemos heredado de generaciones pasadas la capacidad de cometer errores, pero también la capacidad de cultivar la ciencia y el progreso, porque ciencia y progreso nos renuevan.

También es cierto que desde hace más de 500 años hemos andado en miseria, en la miseria hemos sufrido golpes e insultos. Solamente nos dejaron la pobreza y el trabajo. Entonces tuvimos que ocultar nuestro pensamiento y comprendimos que la pobreza material protegía nuestra riqueza espiritual, y por el contrario, para el invasor, su mal habida riqueza material le ha destruido su espíritu, ahora casi ya no tiene valores y ni siquiera piensa en los pocos que le quedan, desprecia la vida y su futuro es incierto, realmente no sabe quién es y no sabe para dónde va. Su sentimiento imaginación, no alcanza a comprender la grandeza del cosmos, del mundo y de la vida.

Se apoderan del vacío convertido en oro y dejan una tradición de saber y sentir que florece en los indios que vamos y venimos por las calles, caminos poblados y plazas de América.

Para aquellos solamente somos **EL PROBLEMA INDIGENA**, dichosamente así lo perciben, no entienden, no tienen capacidad para ver el éxito de nuestra resistencia a lo largo de 500 años de invasión y ocupación.

Nosotros en veinte años aprendimos a leer su mente, su idioma, su lenguaje, sus actitudes y su concepción antropocéntrica. En cambio ellos --los invasores-- en 500 años no saben nada de lo nuestro.

Nuestro poder está vigente y actuante, se siente en las costumbres, en las tradiciones, en los consejos de los abuelos, en el silencio de la solidaridad, en la dignidad del Pueblo. La gloria encubierta no puede ser eclipsada eternamente.

Pese a todo lo que hemos recibido, estamos dispuestos a compartir nuestras ideas. Podemos intercambiar nuestra cultura con lo válido de Occidente. Queremos respeto, queremos paz, igualdad y justicia. Queremos compartir el gozo y el dolor, el avance y los inconvenientes, las alegrías y las tristezas, queremos hacer juntos un mundo más feliz y más humano. Tenemos la certeza que así será.

Hemos cuidado la obra de nuestros abuelos y así nos conducimos en su camino en sus sendas. Hemos probado que el hombre que se asoma a la esperanza tiene color de milpa en sus pupilas.